

UNA CUARENTONA CARTA

Por TOMAS CARRASQUILLA

En mi reciente visita a Bogotá, al buscar un documento que me interesaba tropecé por feliz casualidad en uno de los baúles con papeles que abandoné al trasladarme a Europa en 1929, con inapreciables cartas de grandes amigos ya difuntos como Carlos E. Restrepo, Tomás O. Eastman, Pacho Rendón y Tomás Carrasquilla, todas de inmenso valor de afección para mí y algunas de alto interés histórico.

La del último sobre todo, fuera de esos valores tiene sin duda relativo mérito literario, y ello me ha sugerido la conveniencia de publicarla en parte para regocijo de los numerosos admiradores del autor. Sólo parcialmente, por dos razones: por haberse traspapelado tres de los diez y siete pliegos que llenaba, y porque siendo una carta íntima, contiene pasajes impubliables por demasiado rudos y hasta de lenguaje intencionalmente incorrecto.

Sin embargo será absolutamente fiel en la copia dejando en pie inconsecuencias como la de tratarme en veces de tú y otras de usted y frases no castizas, en el lenguaje montañero que prefería Tomás usar en sus parlas con amigos íntimos.

JUSTINIANO MACIA

Medellín, septiembre de 1941

Sto. Domingo, Obre. 26 de 1896

Mi querido Maciíta:

Por fin me arriesgo a escribirte. El bedoyismo aún lo tengo; pero ya voy volviendo a la vida. La cerrada de la güerfandá fue tan dura que, a pesar de no creerlo todavía, todo lo veo al través del sonambulismo que queda después de aguda enfermedad.

No extrañe, pues, Maciíta, si he perdido casi la noción del deber, del gusto, y de todas las cosas del mundo real. Pasada apenas la

pesadilla, estoy ahora en época de coordinación, anudando el hilo roto de los sucesos. Le aseguro que me está dando lidia la continuación. Me desoriento cada rato, y en ciertos puntos no sé dónde iba, y, si sé, no acierto con el empate. Valiente cosa tan trabajosa es topar la salida y las cosas, después de un sueño tan largo y en que se han agotado los nervios! Tonteando voy de aquí para allí, y se me cambian las paredes, y tomo la ventana por la puerta, y ahora tropiezo con un mueble y luégo me enguaralo con la ropa.

.....

Qué más quieres saber de mí? Pues no: a más de la pena negra, me han pasado otras muchas cosas, que lo mismo tienen de gratas que de malucas, y que todas se han fundido en la negrura aquella.

Mucho te contara del viaje a Bogotá, de mi estancia allá, de las impresiones; pero para ello, que es muy largo, tendría que gastar una actividad y una diligencia que no caben en mí. En diciembre, que precisamente has de venir, te presento el certamen. Allá verás cómo saco 5 en todo. Entonces "todo lo que los dos hemos callado lo tenemos que hablar". Repasa tú todas las materias porque no pienso andarme contigo por las pajas.

Con todo, como se me figura que has de tener algo de curiosidad, te diré algo por encima.

Pues oí, pues. Me fui algo triste, persuadido de que iba a meterme en una hondura; me pareció muy miedoso el ferrocarril de nosotros, no muy hermoso el río y muy pesada y monótona la subida a **Yeguas**. El ferrocarril de **La Dorada**, me impuso menos que el nuestro; pero sí me pareció menos peligroso, apesar de serlo mucho, y mucho más cómodo, de mejor andadura y más correlón. Los **Cerros de Honda**, sin una hebra de vegetación y que semejan amontonamiento de adobes, y no cosa de tierra, me encantaron. A **Honda**, con sus ruinas, sus callejones estrechos y tortuosos, con sus piedras viejas y su Gualí, la encontré muy decidora y poética; pero sumamente aburridora. (A mi regreso tuve que quedarme tres días mortales en esa paila hirviendo. Figúrate, si eres capaz, cómo sería aquel liquidarme). **El Remolino**, tan decantado, no es tal: una cosa ai, algo crespa y rebrujada, que se jetea de lado y lado; me parece que es lo que llaman un chispero de mineros. La balsa, tan temida, es una casita con techo de lata, que la pasan de un boleó. La falda de **El Consuelo**, es el veneno por lo empinada y lo pedregosa y porque no caben las recuas. La tal posada clásica en Colombia por más de un motivo, es de lo más insignificante e infeliz; su álbum famoso, el zurcido más grande de bobadas y cursilerías. Cuando yo no quise ni aun poner "Tomasito", qué tal será! Guaduas está muy bien bautizada, pues, realmente, las hay por todas partes, juntas, en montoneras y saltonas. Es un vallecito bastante hermoso, y la ciudad presenta a lo lejos un aspecto delicioso y rico, muy semejante a Sopetrán. La quinta del Dr. Murillo Toro, situada a la derecha del camino, casi al comienzo del ancho comellón que conduce a la ciudad, no tiene de notable más que el recuerdo de su ilustre habitador. Guaduas puede servir de comparación a los gran-

des ideales humanos: aquello tan imponente y tan encantador en lontananza, es de cerca y andando la fealdad y la pobreza: cuabras enteras de ranchos de paja, sin poesía, sin estética; casas de mal gusto y peor construcción, empegotadas de colorines; la plaza, de aldea; la iglesia, una infelicidad; mucho coto, mucha cursilería y mucha antipatía en la gente. Fuera del monumento levantado a La Pola, que es de piedra, muy artístico y sencillo; fuera de la telegrafista, que es una muchacha muy célebre e insinuante, me pareció todo Guaduas el horror de los horrores.

Sigue de ai parriba un faldón, mi amito de mi vida, que echa uno todo el tripitorio y se va desangarillando en aquella mulita. Por allá, a las mil, trepa uno al alto y se topa casi de manos a boca con **El Verjel**. Está muy pintadito y con mucha lámina; tiene bonitas flores en tiestos y en jardinera; al patio le cae chorro de agua; el aseo y el orden rumban como en cas de "la pobrecita mi mamá"; es dueña y patrona de aquello tan sabroso una tal doña Felicia Murgueita, viuda de un Cárdenas, la señora más activa, más respingona y más extravagante de la creación. No está ni muy vieja; aunque muy clórita y delgaducha, no es fea; se peina de cachumbos y balaca y se pone flor; anda muy ajustadita y prendida; se alza mucho para mostrar la naguamenta rizada y las botas. En un momento que estuvimos allí, le pegó al perro, gritó y zamarrió a los hijos, hizo llorar a la planchadora, pelió con un hombre que le estaba barriendo el horno, metió el pan, y nos hizo todo el relato autobiográfico, acompañado de repostadas y de retahilas muy estilachentas y terminachudas. Allí fue donde se demoró "el pobrecito Adán", cuando venía yente y viniente.

La tierra cundinamarquesa es de ahí en adelante, hasta las sabanas, tan corcovada y tan fiera, si no más, que la antioqueña: riscos por aquí, cañadas y vericuetos por allá, enredos y paisaje lindo por todas partes. **Las Tibayes** (no sé cómo se escribe) son un primor por la forma y la vestimenta del terreno: colinas suaves, unas flacas, otras papujadas; crestería de montañas muy perfiladas, ahora picudas, ahora en ondas; sistema regular de pliegues, formando la hoya del río o quebrada a uno y otro lado; cafetales, plataneras y naranjos, y todo lo que quieras cubre todo eso como la cobija de un rey. La casa del Dr. Plata Azuero, al propio borde del camino, medio recostada en una pendiente y a pocas varas del riachuelo, es la residencia soñada por el sabio, por el poeta, o por el místico, o por el aburrido. Qué envidia me dio de aquel dotor! Es un arnaco viejo de dos pisos, con las paredes grieteadas, el tejado muy lamoso, la verja del jardín medio podrida; éste muy alzado de rastrosos y bejucos; la charamusquina de zarzales y yedras asomándose por donde quiera; muchas pedronas en redondo; un corredor muy ancho, con unos ladrillones muy grandotes y apartados; un balconazo en escuadra, con grabados y cuadros viejos en el muro; unas ringleras de sillas muy antiguas; rotos los cristales de las puertas; lagartos de aquí para allá, colándose por las rendijas, trepando por los pilares; arañas con telares en casa y matorrales; casas de avispas en los aleros; golondrinas y palomitos revolando; ni la cara de un cristiano para muestra; un aire de soledad, de misterio, de abandono que sobrecoje, que convida a tristezas solemnes, a hondas

meditaciones. Ay! Maciña, quién fuera el doctor Plata Azuero! Y a-
puesto a que ese viejo se aburre en aquel encanto.

.....

A poco de ir bajando se topa uno con Agualarga, un caserío que le sigue la idea al camino, costelándolo a lado y lado de casitas muy cucas e inormiosas, que forman una calle muy caracoleada. Hay ahí fábrica de jabón, dos o tres hotelitos muy coquetones, muchas viviendas de estilo fantástico, muchas flores y enredaderas en los balcones, y gran movimiento de carros. En fin, que aquello ya güele a cosa grande.

A poco más andar se cuela uno de las sabanas. Aquí fue el estirar la gaita Tomasito, el echar ojo para abarcar la tan decantada inmensidad. Y por más que se empeñaba nada sacaba en limpio. Por el camino que hacía, a paso de mula juagada, de cuerpo molido y de posa en carne viva, no divisaba en redondo mayor hermosura: tal cual hinchazoncita verde del terreno, medio arrimada a las faldas; unas casas muy sapitas; chozas infelices, con la paja como un greñero; algún parchecito de trigo, a pedacitos maduro, a pedacitos verduoso; todo aquello un poco pelón y deslucido. En **Los Manzanos** la cosa se ancha y se alegra un poco, y hasta se da sus aires a **El Hatillo** de Girardota, aunque sin bosque de mangos, ni cosa que se le parezca. Tenía ante mí un horizonte borroso por el polvo. De entre aquello brumoso alzose de pronto la torre de un templo, y luégo distinguí una población a sus pies; pero ni una línea más allá. Algo se me alegró el cuajo, y hasta me pareció que descansaba una uña. Pero no: todavía había que jalar muchas cuadras para llegar al punto apetecido, que brindaba a este pobre cuerpo con los cómodos asientos de su tren de la tarde. Por fin me vi en Facatativá la apetecida. Metegómez como él solo es el aire de la ciudad: edificios muy airosos, de dos y tres pisos; una callona anchichísima, aunque sin embaldosar todavía y con el barro negro al buche de la mula; un iglesión de piedra como una basílica; la plaza grande, con buenos edificios. Total: que me deslumbró. Cómo será lo otro! —pensaba yo... De paso, te diré que el templo, siendo de piedra realmente, está pintado por fuera, desde la base hasta las flechas, de unos culebrones imitando piedra. Has visto? Y luégo la pagan los marinillos. El exterior no es feo en su conjunto; pero de un gusto perverso y de una cursilería indescrptible en los detalles. Con decirte que tiene en el friso del primer cuerpo una ringlera de aguilones, aliabiertos, tan inocentes, tan mal farfullados y tan charros, que parece cosa de **Sinharina**. Acaso harían esto para producir el efecto del interior: es verdaderamente **cosa de imponer**. **Su arquitectura** y distribución la tomaron de la catedral de Bogotá; pero en todo es más ligera, más esbelta, y sin el recargo de adornos, sin la pesadez y rechonchismo que tanto afean al modelo.

Conténtate con la de Facatativá, porque no pienso hablarte de los iglesiones de la capital. Todos los conocí, y, aunque tienen sus cosas bellas y curiosas, son todos muy feos y pegostrudos.

A la una y media nos montamos en el tren. Silbó con mucha decencia y urbanidad, no con los berridos y bracamontismo del de nosotros. Hasta en esto se nos ve el patanismo. Es el tal "ferrocarril de la sabana" una cosa suave y señorera; corre con un compás y una parejura y una limpieza de trompo dormido. Nada de sabuquiones ni de maqueos; aquello es la misma educación y los modales más finos. Figúrate que todo el trabajo consistió en poner los polines y los rieles, en línea recta, sobre una mesa. Tan solamente hicieron un cavaíto y una media comba en toda la línea. Si se descarrila, es una diversión para maquinistas y pasajeros, porque se sale a las mangas, y en un periquete lo vuelven a encauzar. Qué diferencia de las estrechuras y de los despeñaperros del nuestro, en que tiene que rezar uno del puerto a Monos!

Todos los carros temblaban: tanta dama tan galana, con aquellos abrigones tan elegantes; tanto señor; aquellos muchachitos tan lindos y majos. A cada estación, de las tres que hay en el trayecto, iba subiendo más gente. En estas y las otras, yo miraba y miraba la sabana, y nada linda que me parecía! Mucha mostaza y mucho rábano florecidos; el yuyoquemao amarilleando en grandes manchones; unos trigales verdosos o achicharrados, que no se alzaban del suelo arriba de tres cuartas; cuadras y más cuadras de papas, con su fealdad de siempre; algún cerezo aislado; tal cual hilera de eucaliptus, con el follaje cubierto de polvo. Pero no veía nada grande que se destacase; faltaba la nota blanca de nuestras casas y aldeas; los setos enrastrados de nuestros lindes; las altas frondas de los frutales; los puntos blancos del ganado, que costelasen aquello, como acontece en nuestros prados. Ni una mata de plátano, ni un naranjo, ni siquiera un zarro, esa palmera de nuestras tierras frías. Pero, sí será esto la sabana, tan decantada por su belleza, por su opulencia; la tierra donde cada vara vale centenares de pesos? —me preguntaba yo. Pero, los potreros, y las casas, y el Funza? Esto me tenía ofuscado. De todo esto había mucho, yo lo sabía. Dónde está, pues? Estas confundiciones mías era atisbando a lo lejos, diz que para disfrutar de los encantos de la perspectiva. No hallándolos mayores cambié de sistema, y me fijé en lo que hubiera cerca de la vía. Ya vi de todo algo, y me expliqué el fenómeno. Qué puede verse de lejos en aquella extensión, cuando animales, casas y gentes, todo es del color de la tierra en que están? Sí, Maciíta: toitico es de una color tan pareja que no se distingue sino una cosa casi escueta, por no decir desolada. Y qué color y qué monotonía la de aquel paisaje! Ni una arruguita que se note interrumpe la templanza de aquel mantel tan mugroso y tan inmenso. Figúrese todos los tonos del boñigo, del café asiento de cacao, del amarillo de monte, del gris apizarrado, del negro de gallina empolvada; todos los tonos de la mugre y de la basura y de lo seco y de lo viejo, que se empastelan, que se desvanecen uno en otro en esa desmesurada altiplanicie. Tampoco el cielo que la cubre y que se confunde con ella en la línea del horizonte, con mucha frecuencia y en no pocos puntos, es el inventor del brillo, del azul de Prusia, ni del cristal. Gargajiento, viscoso, empolvado, parece que envolviera todo aquel plato en una flema trasnochada. Con decirte que es un paisaje que inspira asco. Ya

tú sabes que a mí me gusta lo feo; pero hago mis distingos: lo feo que convida a la melancolía, que trae a el alma como una ráfaga de la tristeza y de las miserias de la vida; lo feo pintoresco, rico en detalles y en combinaciones, me agrada, indudablemente, tal vez por una perversión del gusto, ingénita en mí. Pero este feo difuso, de pieza entera, sin un accidente que le haga variar; este feo de la sabana me inspira hastío, me aburre.

Ah, maldita sabana, fuiste mi primer desengaño! Tu riqueza será mucha; pero está envuelta en una inopia de colorido y de dibujo que te anula ante la estética, esa reina del arte. Harás muchos ricos; pero nunca inspirarás al poeta. Los pintores de tu capital, si quieren reproducirte, necesitan alejarse de tu centro, y buscarte algo bello que te presta la montaña, allá, cuando acaba tu monotonía y principia el relieve, con sus efectos de luces y de sombras. Tú, sabana opulenta en comida, serás siempre la despensa, o si quieres la providencia para el estómago del hombre; pero te falta la gran nota, el privilegio supremo de la naturaleza, que la hace semejante a Dios: el de nutrir, al par que el cuerpo, el alma humana con ideas de belleza, con sentimientos de poesía, que la elevan y dignifican. Cuánto más que tú valen nuestras montañas antioqueñas: menos sustento material que tú; pero producen de sobra lo que te falta a ti: el alimento del espíritu. Cantó alguno tu rica agricultura? Pues ya ves que nuestras pobres rocerías viven en la región eterna y gloriosa del arte. Tuvieron tus innúmeras vacadas alguien que cantase **La muerte del novillo**? Ni una nota que te refleje han tenido tus cantores. Tus poetas se inspiran en el chorro de agua que salta en la montaña, entre ásperas gargantas, idealizado por la caída, no en la linfa espesa de lodo que se arrastra por tu regazo, como lombriz estomacal acabada de salir de su agujero. Tus escritores no buscan ideales en ti, como no sea para afearte más de lo que eres. Como fuente de belleza nadie te tuvo. Por qué? Porque si llenas muchas barrigas, haces ayunar al traspaso a los espíritus.

Virgen de la Trinidad, mi querida madre! Qué tripa rota tan inocente y tan gongórica! Me parece que eché hasta el último afrechito.

La pura verdad, Maciíta. Esas tales sabanas son muy feas. . .

Ni sé qué te iba contando; por insultarlas se me fue la paloma. Ah! Ya me acuerdo: íbamos en tren. Pues bueno: a pesar de la flema aquella, hacía rato que veía a través de ella dos cosas, por allá muy arriba, a manera de encerados colgados. Mismamente así de tiesas, de oscuras, y hasta les veía los papeles pegaos. Viéndolas, viéndolas, divisé encima de cada una un blanquito. Haz de cuenta dos palomitas a punto de volar. Me entró una alegría chiquita, pero más bien sabrosa, al ver aquello. Pregunté qué era, y me dijeron. Lo mismo que me había supuesto, y que te suponés ti: Monserrate y Guadalupe, los encerados; las palomas, las dos ermitas. Abajo se extiende la ciudad de Jiménez de Quesada; pero yo no veía sino una mancha confusa, algo pequeña, y unos cuantos puntos claros, dispersos por el fondo sombrío de los cerros.

Pasó el tren la estación de Fontibón, recibió la última tanda de pasajeros, y, a todo galope, como bestia que se acerca a su pese-

brera, se fue sofocando, dio unos resuellos muy gordos, chifló durito, levantó un jumero muy grandote y emplumao, y, dando una comba, se coló a un corralón y se quedó paradito y suspendo, de lo más querido y sereno.

Vieras entonces desgajarse aquella turega de gente. Cada vagón iba abalanzando cristianos que aquello era. El andén, temblaba, lo mismo que los corredores de la estación. Qué embolismo, qué barahunda, Maciíta! Saludos y abrazos por todas partes; mujeres que ofrecían comestibles, trasegando de aquí para allí; muchachos que voceaban, con el chillido característico, los periódicos del día, y los cigarrillos: aquellos con todo su contenido, circunstanciando el artículo tal, el suelto cual; éstos con la retahila de marcas y precios; partidas de emboladores que querían lustrar a todo el mundo; mozos de cordel que pretendían cargar con todos los equipajes y sombrereras; agentes de hoteles y cocheras haciendo conquistas; la nube de pordioseros pide que pide; viejas de zapatos y traje mono implorando en secreto el real para el chocolate; el choque de cristales y el ruido de taponés en las cantinas; la chiquillería rica enredando en los puestos de frutas; gentes que llegaban, gentes que se iban; la parranda de curiosos y topadores y topados; los empleados de la empresa que andaban en carerras, aquí mando, aquí impido; la guardia civil haciendo despejar; todos hablando o moviéndose a un tiempo; en fin, el mercado, la **herrería**, el chinquismo del mundo.

Mientras Manuel José, mi compañero y consignatario de viaje, se entendía por el teléfono con su recomendado para buscar alojamiento; mientras el criado o espolique —porque llevábamos criado— sacaba los equipajes, yo me salí al corredor de afuera, diz que a recrearme en el aspecto que ofreciera la ciudad. Virgen Santa, qué horrenda me pareció! Sí sería eso Bogotá? A poco un coche de punto jalaba con nosotros San Victorino arriba. Andando, andando, yo vi, giaba por arriba y por abajo y por los lados; procuraba abarcar el conjunto y el pormenor, y más me desconcertaba la feúra aquella. Llegamos, como quien hace una escuadra, al **Hotel Europa, calle de Florian**, o sea carrera 8ª. Lo primerito que hice fue asomarme al balcón, y, qué vi? Pues vi edificios muy hermosos, indudablemente, un gentío y un taconeó aturdidores, el movimiento y la chillería de gran ciudad; pero a pesar de todo, la feúra se me acentuaba más y más. Quién me dijera que al cabo de cinco meses y medio, después de conocerla en todos sus rincones y vericuetos, cuando ya iba a dejarla, tal vez para siempre, habría de parecerme la ciudad aquella más fea y antipática a la vista, que me pareció la vez primera?

Así fue, en efeuto, Maciíta: tiene la capital una feúra y una cosa sórdida y desapasible, regada por todo el cuerpo. A semejanza de una vieja enferma y huesuda que se adorna y empavesa, se hace más fea la capitalona, con los hermosos y variadísimos edificios, que campean por todas las partes de aquel vejestorio. Figúrese un baturrillo abigarrado de cositas lindas y flamantes, en medio de los arnacos y desperdicios de una gran casa; figúrese una mescolanza de adornos artísticos de salón, con los trastos del cuarto del rebrujo y con los muges y trebejos de la cocina, y tendrá idea de lo que es aquel amon-

tonamiento de construcciones tan heterogéneas y contrastadas. Digna en un todo es la ciudad de sus alrededores y de sus sabanas: el color de mugre mucho más pronunciado; la nota negra de los trajes de hombres y más de mujeres, que le dan el aire permanente de un entierro enorme; un aire enrarecido, que huele a viejo; el cielo más cenizo y gargajiento que el de la sabana; un apañuscamiento de edificios, de puertas y ventanas, de esquinas y calles, de iglesias y de oficinas, que producen la impresión de la estrechura y del atoramiento; el gentío inmundo y desarrapado de la plebe más hedionda del universo, revuelto con la espuma y la flor de los elegantes y de las damas de lujo; la mantilla en la cabeza y la saya y el guante negro, de la generalidad de las hembras, que hostiga y entristece. Total: la tristeza, el aburrimiento, la basura y la riqueza.

Verdad que los parques son en sí bastante hermosos y románticos, con sus cipreses y pinos, con las flores, que son allí bellas y abundantes; pero no tienen estos parches poéticos fondo en que destacarse; y resulta que esta verdura intensa y triste, que pudiera ser muy deliciosa en una ciudad, como Medellín, por ejemplo, de colorido alegre y aspecto meridional, por lo variado y caprichoso del contraste, vienen a ser en Bogotá otros tantos pronunciadores de tristeza que acababan de empeorar la cosa, por si algo le faltaba. Siendo muy hermosos estos parques no se adaptan a la color y al carácter material de la ciudad oscura. Son adornos de ciprés sobre túnica color de polvo.

Se siente en Bogotá nostalgia de cal, de bolo santarrosano, de espacios entre puertas y ventanas, de árboles que no sean puntiaguados ni oscuros, de claridad, de espacio. Y salir de aquello, para entrar en esos campos! Qué tal serán, Maciña, cuando yo, salido de estos peladeros de la parroquia, me producían (perdone la sintaxis) la tristeza aburridora y antipoética de la desolación. Salvo el paseo de Agua Nueva, que es un tanto pintoresco; salvo un punto, por allá al pie de la quiebra de los cerros, por donde pasa el río San Francisco, donde hay un molino, que debe parecerse al de Daudet, y donde salta el famoso chorrillo de Padilla; salvo esto, las demás cercanías son tristísimas y desapacibles, especialmente el tan decantado **Chapinero**.

Tal me pareció el aspecto material, topográfico y paisajístico de aquella tierra.

El Bogotá sabido no lo pude apreciar, ni soy para tanto; el literato, lo conocí de pe a pa, en lo viejo y en lo moderno, en lo mujeril y en lo hombruno; lo estudié en síntesis y en análisis, colectiva y casi individualmente. Quiere que le diga mi opinión a este respecto, y en muchísimo secreto? Pues, con raras excepciones, está aquella "Atenas de Sur América", trasnochada, atrocemente trasnochada, en punto a literatura, especialmente en lo que atañe a novela. Me crees? Yo tampoco lo creía al principio, y luego me convencí. Cuarenta, qué digo cuarenta!, mil veces más al tanto de la cosa estamos en nuestras montañas. Pero, y los talentos y los estudiosos de esa tierra, dónde están? —me dirás. Ahí están; pero todos se han inclinado por el lado político-filosófico o político-chismoso, y han dejado las bellas letras en manos de los viejos, que, aunque muy sabidos algunos de ellos, son muy pocos, y muy pagados de su pasado y académicos en carne viva.

Los poetas, fuera de Flores, que tú has leído mucho, no son tampoco ningunos Núñez de Arce, y están casi todos enfrascados en el parnasianismo francés, escuela que será muy del caso en las naciones europeas, hastiadas de estética y de refinamiento; pero que en Colombia, tan nueva y tan rudimentaria todavía en achaques poético-artísticos, no pasa, como no sea por vía de imitación boba y cursi de los estragamientos de las culturas viejas. Mirá qué apreciación tan sabia te estoy haciendo. Te parece que no aprendí de a mucho?

Del Bogotá social, no acabaría de hablarte en 20 pliegos. Te lo dejo para que lo conversemos en diciembre. Baste decirte que la fama no corresponde, ni con mucho, a la realidad. Aquello es un encanto que nosotros los ásperos maiceros no podemos ni aun concebir. Qué franqueza, que naturalidad, qué elegancia! Nada de olimpiqueces ni de ceremonia. La grandeza y el orgullo lo cifran en no hacerlo sentir a nadie ni en nada. A manera de una gran señora, que tiene para cada uno una palabra o un halago especial, y a cada uno le hace lucir su gracia y su talento, si los tiene, o sabe disimulárselos si no los tiene, con ingeniosa benevolencia; a manera de una dama así, aquella sociedad recibe en su seno a quien lo solicite, realizándolo o protegiéndolo, según el caso, sin que de ello haga méritos ni alardes. Allí no se va a averiguar quién es fulano, ni si es rico o pobre, provinciano o de capital, nacional o extranjero, no; con el mero hecho de ser presentado está firmado el salvoconducto, y establecidas las relaciones, con todos los fueros y franquicias del caso. Puede uno ir a la casa que le dé la gana, con la seguridad de ser muy bien recibido y de hacer muy regular papel. Tienen el arte de buscarle a la gente el lado que le gusta y el de hacerlo hablar; de tal suerte que el más tímido y bracamonte se siente seguro y hasta culto en aquel ambiente. Como comprendes por lo dicho, la nota característica de aquella gente es la indulgencia. Probablemente será aparente y engañosa; pero, y a uno qué le importa? Se gana uno lo hartito con que, a cuenta de sinceridad, le muestren a uno las gieles y el vinagre que usan en Medellín, sin mentar persona! Represéntele a uno la comedia bien representada, que uno muy bien sabe que eso es fingido. Te aseguro que los tales comediantes bogotanos lo entienden. Y no es porque se encumbren ni se remonten a temas grandiosos, ni porque se metan en palabras bonitas y trabajosas: nada de eso; mucho más sabidos somos por aquí.

Y has de saber, Maciíta, que allá nos tienen a los maiceros por una gran cosa: nos levantan testimonios que aquello es. Que somos los más bonitos, los más **fregados** y **calientes** (palabritas que usa la dama más bonita y redicha) (!); que el talento, la originalidad, la gracia y la energía, son en Antioquia plantas silvestres. En fin, la mar de perfecciones. No creas que esto es decrestadera ni lisonja galante; es que realmente lo sienten así. Y no les falta su razón: la colonia antioqueña es allí tan granada y tan selecta en todo! Digo la gente de representación; que lo que es cuererío maicero también rumba. Item más —y esto es lo curioso: les encanta nuestro acento, la naturalidad y la franqueza con que nos expresamos. Nuestro lenguaje, tan gráfico, tan lleno de imágenes y de colorido, nuestra léxica tan rica, les llama mucho la atención a las gentes inteligentes. En esto, ver-

daderamente, les llevamos muchísima ventaja. Allá, a fuer de correctos, se han fundido casi todos en un mismo molde, se han reducido a un círculo muy reducido de voces y de frases formularias, que empobrecen el lenguaje, quitándole la gran variedad de giros y de expresiones tan propias del español, y haciéndole perder la originalidad y hasta el carácter a las personas— al menos en sociedad.

Alejandro Vega, gran admirador de los antioqueños, me decía que hace mucho tiempo que viene estudiando el carácter de nuestra raza, en todos los maiceros que conoce, y, había observado que, sin perder el parecido general, cada antioqueño que veía era más diferente a los otros, más original y más raro. Le parecemos la inteligencia en pasta, la raza llamada a dominar. No creas que es el aplauso del cuchino: Vega es mozo de mucho talento. A otros muchos bogotanos rai-zales les oí emitir opiniones análogas. Ya ves, pues.

“Y en eso me vine yo, y me dieron caldo en un colador, y me lo tomé con un tenedor”.

.....

TOMAS